

orar por todas las almas que apacentaba con el pasto espiritual; y haciendolo sucumbir á los golpes de su macana, y robando de la iglesia los sagrados ornamentos, huyó con sus compañeros á los montes, para dar rienda suelta á los impulsos de su corazon.

Este escandaloso atentado, puso en alarma á muchos pueblos, que aunque inocentes, temieron ser envueltos en la venganza de los españoles y se volvió á ver la provincia en la misma actitud hostil que tenia antes de la llegada del padre Tapia; pero el fin de este varon santo, no intimidó á sus compañeros, que antes lo tuvieron como una gloriosa corona conforme con su vida llena de caridad: y otros muchos compañeros, corrieron presurosos á soportar las mismas fatigas, con el deseo de alcanzar la misma inmarcesible palma signo cierto de sus victorias. Los padres Santaren y Mendez fueron á ocupar el lugar que el padre Tapia dejaba vacante en las filas del pequeño escuadron de milicianos evangélicos, que con tan heroica abnegacion plantaban el estandarte de la cruz en las salvajes y extensas regiones de Sinaloa.

Con algunos esfuerzos se fué restableciendo la calma: y los que huian fugitivos por el temor de las armas, se fueron restituyendo á sus hogares que habian sido abandonados, despues de convertirlos en teatro de sangrientas escenas. Entonces fué cuando se conocieron los efectos que habia causado en toda la provincia la muerte del padre Tapia y la desolacion en que quedaron los espiritus, por el huracan que causó la dispersion de sus ovejas: volvian á sus pueblos cantando en coro la doctrina cristiana, pero en su canto lúgubre y la tristeza de sus semblantes, indicaban bastante la amargura que les causó el separarse de los caminos de la gracia.

Viendo el virey Velasco, como se adelantaba la dominacion del rey de España, mejor por los medios suaves y pa-

oíficos de civilizar á los indígenas con la eficacia de la predicacion del Evangelio, que con el estrago de las armas: y conservándose aún viva en la capital, la memoria de las fabulosas riquezas del reino de Quivira, á que se dió despues el nombre de Nuevo México, se dispuso fundar allá una colonia, cuyo encargo se le dió á Juan de Oñate, pariente de los conquistadores de Jalisco y Zacatecas; pero cuando se arreglaba esta partida, llegó la orden del rey para que Velasco pasara al gobierno del vireinato del Perú; y para sustituirlo en México, se nombre á D. Gaspar Zúñiga y Acevedo, conde de Monterey, que entró solemnemente á la capital, la tarde de 5 de Noviembre de 1595. (1)

CAPITULO VIII.

Progresos de las instituciones monásticas: adelantos de los naturales en la religion:

Tal vez parecerá ridículo á ciertos espiritus, que á título de fuerza desdeñan todo lo que tiene un íntimo contacto con la religion, lo que va á formar la materia del presente capítulo; pero el que se ocupa de algunos trabajos históricos, se constituye en juez de las sociedades que le han precedido, y teniendo que desempeñar al mismo tiempo, los cargos de relator de los acontecimientos que va á juzgar y de patrono de la sociedad que produjo tales hechos, no puede sin comprometer su rectitud, sin atropellar la justicia y sin defraudar á la verdad histórica, omitir la narracion fiel de los hechos que vienen á ser

1 Torquemada part. 1.ª lib. 5 cap. 25, 26 y 27 pat. 3.ª lib. 19 cap. 16. Cabo lib. 5.ª hasta el núm. 28. Alegre tomo. 1.º lib. 3.º

el alma de la historia y poner en las cienes la aureola de gloria á los héroes que fueron sus autores, por mas que una política injusta y cruel, se esfuerce en presentar á estos mismos hombres cubiertos de ignominia é indignos del respeto y admiracion de una sociedad que ellos mismos han creado sacándola del caos y manteniéndola incólume á pesar de los recios embates de las desencadenadas tempestades.

Para desempeñar este penoso trabajo, es necesario narrar con fidelidad y no empapar la pluma en los primeros jugos que se encuentren producidos por la maceracion de plantas desconocidas, al choque violento de las bastardas pasiones; y desnudándose de prevención, fallar concienzudamente, sin decir nada falso; pero sin omitir nada de lo verdadero: obligación tanto mas sagrada, cuanto que esta relacion ha de venir á ser la clave para descifrar el oscuro enigma que nos presentan las costumbres separadas de nosotros por el trascurso de los siglos. Preciso es pues abstraernos del mundo en que vivimos descorrer el grave velo del pasado, deslizarnos por la enmohecida escala de los tiempos y levantando la loza funeraria que cubre el sepulcro de las generaciones que fueron, estudiar en sus oscuras mazmorras á la luz de la razon, lo que constituyó su vida moral, para poderlas presentar con sus verdaderos colores, á los que vienen en pos de nosotros: es preciso manejar los siglos y respirar su polvo; y entonces dice Chateaubriand; es cuando el hombre vuelve, como un viagero en regiones desconocidas, con un diario escrito en los mismos lugares, y un cartapacio lleno de dibujos tomados al natural.

Por estas razones, es necesario en el tiempo donde llevamos la narracion, suspender un poco la velocidad con que la premura de las circunstancias nos lleva recorriendo á gran prisa los acontecimientos; y desentrañar algo

de lo que el tiempo nos oculta, tornándonos ingratos á los beneficios de nuestros progenitores en la ciencia y en la civilizacion y desconocidos de los frutos que entre nuestros ascendientes recogieron los primeros sudores de estos campeones de los derechos de la humanidad.

Verdad es que el objeto es tan vasto, como insuficiente para abarcarlo es el pequeño vuelo de mi pluma y los estrechos límites en que se han de encerrar sus toscos rasgos; pero aunque sea á grandes pinceladas, dibujaré un cuadro, que si no corresponde á su objeto, sirva siquiera como una apostilla, para llamar la atencion de los lectores y despertar su deseo de ir á buscar este copioso raudal en las mismas abundantes fuentes que me lo han proporcionado.

Después de esta digresion que me ha parecido necesaria para marcar el interes del grandioso objeto que nos va á ocupar, será preciso dejar consignadas algunas ideas generales, que sirvan como una poderosa palanca, para remover esos fuertes atrincheramientos en que se ha encastillado una vulgar preocupacion, creada en fuerza de adular los hechos y tergiversar su espíritu.

Una inaudita crueldad, que choca con el espíritu de libertad que forma la divisa de nuestro siglo, ha cerrado la puerta del retiro de los hombres, á la contemplacion, al consuelo del infortunio, á los corazones lacerados por las consecuencias de los mismos hombres y á la generosa abnegacion que trata de desprenderse de los lazos del mundo, para consagrarse en la soledad á confeccionar los remedios de las públicas calamidades; y esto con el pretexto, de no privar á la sociedad, de la laboriosidad de unos brazos, que se sepultan en el ocio de los claustros. Calumnia nacida de una filosofía indigna de la civilizacion con que falsamente nos envanecemos. Démos una rápida ojeada, para descubrir el remoto origen de esta institucion, conocer

aunque sea en general su objeto y trabajos, y el fruto que ellos dieron, y entonces daremos un fallo justo para la historia.

Remontándonos á la antigüedad, vemos al pueblo hebreo, colmado de los favores del rico y poderoso Dios de Abraham, de Isac, y de Jacob, doblegándose al pesado yugo de las pasiones y entregado su corazón á los incensatos placeres de la sensualidad. Para huir de esta corrupción, Elías se retira á la soledad y echa los cimientos de las instituciones monásticas que mas tarde debían ser la áncora de salvacion en los naufragios á que estuviera expuesta la humanidad. Irritada la cólera del terrible Jehová, descarga su furor contra el pueblo endurecido: la sequedad, abriendo profundas grietas en la tierra, esterilizó los campos; y la hambre castigó la carne cuyos apetitos se lisonjaban por el ingrato Israel. Entonces el solitario Elías en la cumbre de las montañas que habitaba, oró por aquel pueblo desagrado, y la tierra halló en esta oracion el medio de librarse de su calamidad. Desde entonces siguieron esta vida los profetas y los hombres de la antigua ley, que sustrayéndose al bullicio de las pasiones, querían escudar á la nacion con su oracion y enseñarle en la santidad de su vida la reforma de sus costumbres.

Llegó la plenitud de los tiempos y en los establos de Belen, una vírgen preservada de la mancha común de todos los mortales, dió á luz la luz que viene á este mundo para iluminar á todos los hombres; al Cristo deseado de los pueblos, al libertador de la humanidad desgraciada. Jesucristo santificó con su ejemplo, la vida que llevó Elías y siguieron sus siervos los Profetas hasta el Bautista; y antes de dar principio á su vida pública, se preparó á ella en el desierto, enseñando á vencer en el ayuno la rebeldía de la carne y acrisolar el espíritu con el fuego de

la oracion. De este retiro salió la predicacion de la admirable doctrina que da principio con llamar *Bienaventurados á los que lloran, á los que sufren hambre, sed y las injustas persecuciones*: que concluyó por decir á sus discípulo: *Os doy un mandamiento nuevo, que os améis los unos á los otros*; y que fué sellada en medio de los tormentos de la cruz, con aquella celestial inspiracion de misericordia en favor de la humanidad pidiendo perdon á su Padre, por la humanidad que lo entregaba á los más acerbos dolores de la muerte.

Cuando esta Víctima universal dejó en el fondo del sepulcro los sudarios en que fué envuelto su sagrado cuerpo, salió triunfante de la muerte para salir á tomar posesion de su eterno reino á la diestra de su Padre celestial, sus discípulos siguieron aquellas luminosas huellas que sus ensangrentadas plantas dejaron impresas en la tierra. Entonces la pureza de su vida, venció la sensualidad del paganismo: su amor sobrepujó al odio de sus enemigos; y su heroica paciencia dominó la intolerancia del despotismo cruel de los romanos. Debajo de aquella Roma sensual y corrompida, que habia extendido su brazo de hierro para esclavizar á todas las naciones, se crió otra Roma, la Roma de las Catacumbas, la Roma espiritual y cristiana que habia de conquistar y volver incólumes los derechos de su libertad á todos los pueblos.

Pronto se aumentaron los adoradores de la Cruz y los discípulos del Crucificado: las innumerables víctimas que sacrificaba la crueldad de los orgullosos señores del mundo, eran reemplazadas luego con los millares que de todas partes venian á dar testimonio con su sangre, de la verdad de su doctrina; y no bastándoles el estrecho círculo de sus ciudades subterráneas se extendieron por la soledad de los bosques y en la cumbre de las montañas. Las soledades de la Thebaida, las alturas del Libano, las márgenes soli-

tarias del Tigris y del Nilo, las ruinas de Menfis y de Tebas y los desiertos del Egipto y la Abisinia se vieron poblados con los discípulos de Pablo y de Pacomio. Aquellos nuevos atletas de la civilización, vestidos con hojas de palmera, con las pieles de las fieras ó con silicios del áspero pelo de los animales de las selvas, comiendo raíces ó yerbas insípidas y sin entregarse al sueño sino unos cuantos momentos de la noche, ocultos á los ojos del mundo, mientras toda la naturaleza descansaba, interrumpían el silencio del mundo con sus sagrados cánticos; y al disipar la aurora las tinieblas de la noche, mezclaban con la naturaleza las alabanzas al Ser Omnipotente que en seis días hizo surgir del caos todas las maravillas de la creación: y mientras en el día, los habitantes de las populosas ciudades paganas se afanaban en atesorar objetos para saciar los instintos de corazones corrompidos y degradados, y los poderosos sembraban en todo el mundo la esclavitud, la desolación y la muerte, los solitarios cristianos, hacían el estudio de la naturaleza, recogían y guardaban como un sagrado depósito la historia y las ciencias de los antiguos pueblos, mandaban sus consuelos al afligido, sus socorros á los necesitados y hasta civilizaban á las fieras y á la naturaleza muda, para hacer á estos objetos, activos colaboradores de la caridad que nació en la cima del Gólgota al pié del árbol de la Cruz.

De esta manera, el desierto robó su lustre y esplendor á las hermosas ciudades; y cuando abiertas las cataratas del Norte se desencadenó una tempestad que amenazaba con la destrucción á todo el mundo, la verdad y la civilización guardadas en la caridad cristiana, sobrenadaron en el naufragio universal; y como en una arca, se salvaron en las cumbres de los montes y en el fondo de los valles, bajo el áspero trage y en la humilde choza del solitario. Entonces, así como las fuentes brotan en las cimas de las montañas

y ellas se precipitan ansiosas para formar los rios y hacer fecundos los campos, así los hijos de la soledad bajaron de sus agrestes albergues para encadenar la furia de las huestes de Atila y Alarico; y al influjo de la omnipotencia de que iba revestida la palabra del cenobita del desierto, la barbarie de los hunos y la fiereza de los godos, se tornaba en elemento fecundo de civilización y los incultos galos y germanos se cambiaron en ciudadanos pacíficos y laboriosos.

Allí se obró un cambio en la sociedad general: la vida de contemplación y de estudio de los antiguos solitarios, se cambió en una vida activa, como lo exigía la nueva sociedad que había brotado de las ruinas del gran imperio romano; pero lejos de abandonar el retiro y las austeridades que eran el regalo de su vida, construyeron sus retiros en medio del bullicio de las ciudades. S. Bacilio el Grande, formó las primeras constituciones monásticas, poniéndoles por base los tres votos de *castidad, pobreza y obediencia*; y ¡cosa admirable! lo que no pudieron hacer los sábios y filósofos de la antigua Atenas, realizaron los hijos de los claustros, bajo las leyes de S. Basilio, San Benito y San Agustín. Licurgo en Esparta y Solon en Atenas, concibieron un gran pensamiento, que no pudo abarcar la extensa área de las miserias humanas; y Platon vislumbrando algunos resplandores de la verdad al través del velo en que se hallaba envuelto su espíritu gentil, soñó en la formación de una República que no pudo verificar y que ha sido el bello ideal de los modernos. Pero los monges cristianos, en el punto de apoyo de la verdad católica y con la palanca de sus tres votos, realizaron la República universal, con todos los hijos de Jesucristo, que se estienden por todas las partes del mundo. Desde entonces, el hijo de la Cruz no es extranjero en ninguna parte, porque si penetra en los umbrosos bosques del desierto ó

náufrago, es arrojado por los embates de la tempestad á las costas de un mundo desconocido, halla que ya la planta infatigable del operario evangélico penetró por aquellas vastas soledades y plantó el estandarte general de la Cruz, á cuya sombra se ha realizado únicamente la práctica de los tres grandes principios de *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. Poco importa que los pobladores de aquella tierra extraña, tengan un idioma particular y desconocido, y costumbres propias del clima que los vió nacer; los cristianos tienen un signo comun para descifrar todos los enigmas de su diversidad de usos y diferencia de lenguaje: la Cruz es un lazo de union que declara hermanos á los que llevan este signo, aunque sean de las mas remotas naciones: es una llave que abre las puertas de la hospitalidad, igualando á los naturales con los extraños; y es un salvo conducto que garantiza la libertad de todos.

Al influjo de estos principios, la laboriosidad de los religiosos, acomodándose á todos los climas y á todas las condiciones de la vida, domaba la tierra y fertilizaba los incultos campos; hacian nacer la industria, fundaban las grandes ciudades, establecian las vías de comunicacion, enseñaban al pueblo sus deberes, contenian la ambicion de los poderosos, establecian los principios para una sábia y justa legislacion; y de los oscuros rincones de sus claustros salia la luz para irradiar á toda la sociedad y la sávia que debía hacer florecer las ciencias y las artes.

Así se formó la civilizacion de la edad media: todo estaba animado del espíritu de una misma claridad desde las naciones mas occidentales, hasta los países donde nace la aurora, engalanándose con la púrpura y la escarlata. Desde la humilde choza del campesino, hasta los dorados palacios de los potentados y los reyes, se extendía la accion civilizadora de la religion, por los esfuerzos de los hijos de los claustros: ellos fundaban casas de educacion para formar la ju-

ventud, de donde han salido esos astros, que derramando por todas partes los torrentes de su saber, reciben los tributos de la admiracion universal: fundaban aquellas casas donde la virginidad se pusiera á cubierto de las asechanzas del mundo, y la juventud femenil hoyando con varonil esfuerzo los lazos de la vanidad y de las pompas mundanales, se postrara humilde á implorar en favor de sus semejantes, la misericordia del Señor, en medio de los melodiosos acentos, que habian compuesto Jeremías y Salomon y repetian en el templo las virgenes de Sion: ellos preparaban asilos para la orfandad y la indigencia: levantaban los hospitales para curar las enfermedades de la mísera humanidad: por todas partes sembraban la semilla de la moral: escudaban la paz de las familias: corrian al lecho del moribundo y aplicaban su oído á los trémulos lábios del agonizante para recibir el descargo de su conciencia en sus balbucientes palabras y destilar en aquel corazon pronto á llegar al mundo de la realidad, el consuelo que no poseen las vanas teorías de los filósofos: se presentaban donde quiera que habia una amargura que endulzar; y no habia miseria, que no fuese curada con el bálsamo de su caridad, pues hasta las cadenas que aprisionaban entre los infieles á los discípulos de Cristo, se desmenuzaban á la accion poderosa de esta misma caridad, porque los padres de la Redencion desafiando los mares y burlando el furor de las tempestades, se presentaban ante los bárbaros musulmanes para rescatar á sus hermanos cautivos con el oro que daba la piedad de los fieles, volviéndose en seguida á vivir en el oscuro é ignorado rincón de su monasterio, para esperar otra ocasion de ejercer su heróica virtud en favor de cualquiera de sus hermanos que sufren.

Regenerada así la sociedad que resultó en el antiguo continente, del ruidoso choque de los bárbaros del Norte

con los bárbaros que ordenados en legiones sostenian en las puntas de sus picas los voluptuosos palacios de los Césares, ya no habia rincon que no hubieran penetrado; y todo el mundo civilizado, era pequeño espacio para la accion infinita del espíritu que los animaba; y volaron en las alas de su amor por el bien de la humanidad, á las mas remotas regiones, donde la idolatría prolongaba las tinieblas de la barbarie en millares de pueblos. El misionero católico, sin lujo, sin aparato, sin mas instrumentos que su breviario y una imágen de Jesucristo crucificado, marcha descalzo y envuelto en un sayal, para encender la antorcha de la civilizacion en Pekin y Nemcham, en el Indostán y al otro lado del Ganges, en el Japon y la Chinchina: hace resonar la palabra del Evangelio en los derruidos muros de aquellas florecientes ciudades de la antigua Grecia, en las islas de Salamina en las pavorosas ruinas de Tiro y Babilonia, en las pirámides seculares del Egipto que evocan el recuerdo de los Faraones, y en los ardientes arenales del Africa, donde el caminante desea con ansia un vaso de agua para humedecer sus ardorosos lábios y un refugio para escapar de la cimitarra del beduino.

Por tan dilatados países corrian sembrando la civilizacion, promoviendo la industria, preparando medios de desarrollo al comercio, enseñando todas las artes, echando los lazos de una confraternidad universal, sin temer ni las pestes ni las procelosas tempestades de los mares, ni los hielos de los polos, ni los calores tropicales, ni el furor de los salvages que iban á civilizar; y de estas dilatadas y penosísimas espedicisnes, volvian con sus miembros entumecidos y tal vez mutilados, pero ricos de despojos de sus conquistas espirituales y científicas, para hacer adelantar las ciencias, particularmente la astronomía, la geografía y la historia, enriquecer los museos y los gabinetes de los sábios, connaturalizar en todos los climas los

insectos y las plantas mas útiles para el desarroyo de las artes y el comercio, generalizar las manufacturas y hasta aumentar los placeres de las mesas.

Aun este dilatado espacio era pequeño para los obremos del Evangelio; y cuando la fé de Constantino, Clovis y Carlomagno, que habia producido tantas maravillas y creado tantos elementos de riqueza, sufria un injusto divorcio, de muchos pueblos de la envejecida Europa por la imprudente reforma de un monge orgulloso y apóstata, la mano de Colon abrió en el fondo de los mares del Occidente la puerta de un nuevo mundo, hermoso por su variado clima, rico en todos sus elementos y con millares de almas prontas á recibir la civilizacion que sacudian de sí los orgullosos reformistas. Ya hemos visto antes, cómo y de qué manera fueron viniendo á este suelo los misioneros evangélicos, el celo con que trabajaban en favor de los naturales y cómo llevaban á cabo la obra de la civilizacion, aun siendo casi en todos sus pasos contrariados en sus miras de verdadera filantropía y caridad cristiana, por la misma ambicion de sus avaros compatriotas, que veian con desprecio las almas destinadas á la inmortalidad, por atesorar el oro corruptible.

Los religiosos Agustinos habian trabajado en México, y en el antiguo reino de Michoacan: los domínicos en las provincias de Oaxaca, Chiapas y Guatemala, siendo los que mas trabajaron en México por afianzar la libertad de los indígenas y la incolumidad de sus derechos, en las juntas promovidas por el visitador Tello: los franciscanos que fueron los primeros que irradiaron este continente con la luz del Evangelio, se extendian ya desde la península de Yucatan, hasta las costas del mar Pacífico y hasta las fronteras del Saltillo y Chihuahua; y los laboriosos padres de la compañía de Jesus, despues de establecer en la capital su casa profesa y su colegio máximo,